

LAS DROGAS EN LOS ESTADOS UNIDOS Y AMÉRICA LATINA: REALIDAD VERSUS MITO

EMBAJADOR V. MANUEL ROCHA

(Discurso pronunciado en el Auditorio del Palacio de Comunicaciones, La Paz, Bolivia, 24 de enero de 2001)

Damas y caballeros:

En algo más de 5 meses como embajador de los Estados Unidos en Bolivia he leído y escuchado una serie de inquietantes opiniones emitidas como si fueran hechos, las cuáles ocultan la verdad acerca de las drogas, la política antidrogas de los Estados Unidos y la realidad de la región con respecto a este tema. Es precisamente este el motivo que me impulsó a dirigir unas palabras a una distinguida audiencia de periodistas y figuras prominentes interesadas en conocer la opinión oficial de los Estados Unidos al respecto.

En mi opinión, el principal problema que enfrentamos todos en el tema de las drogas es la negación del mismo. Nadie quiere admitir que tiene problemas. Durante una buena parte de la década de los setenta, en los Estados Unidos negábamos tener un problema y nuestra política antinarcóticos reflejaba este hecho y se abocaba, por lo tanto, a la reducción de la oferta de drogas disponibles. En esencia le decíamos al mundo que el problema de las drogas era un problema de todos los demás países menos el nuestro. Creíamos que si los países de la región dejaban de producir narcóticos, no tendríamos el problema del consumo en los Estados Unidos. Esta postura no nos granjeó muchos amigos, quienes podían ver más allá de nuestra hipócrita negación.

En 1979, el consumo de drogas llegó a sus niveles máximos, con 25,4 millones de personas o el 14 por ciento de la población de doce años o más convirtiéndose en consumidora habitual de drogas. Para ese entonces, estábamos llegando a niveles elevadísimos de crimen en las ciudades y homicidios relacionados con narcóticos. Es claro que a fines de los setenta y principios de los ochenta éramos una sociedad en crisis. La epidemia de las drogas reflejaba esta crisis. Mi propia familia vivió la experiencia en carne propia, cuando, en 1976, tuvimos que mudarnos de la ciudad de Nueva York en busca de un mejor futuro al sur de California luego de que un drogadicto hubiera atacado a mi madre en Manhattan.

Como sociedad y gobierno tocamos fondo alrededor de esa época y por vez primera nos vimos obligados a enfrentar la realidad de nuestra negación y vernos al espejo y admitir que éramos parte del problema debido a nuestro aparentemente insaciable apetito por el consumo de drogas. Las comunidades locales comenzaron a enfrentar el problema. Les siguieron los gobiernos municipales y estatales. El congreso aprobó leyes importantes y el gobierno federal estableció, mediante la ley contra el abuso de narcóticos de 1988, la

Oficina de Política Nacional de Control de Narcóticos, mejor conocida como la oficina del zar antidrogas, que hasta hace poco encabezaba el general en retiro Barry McCaffrey. El objetivo primordial de todos estos esfuerzos fue el de crear un país libre de drogas mediante la reducción del abuso de drogas y del número de consumidores y, al mismo tiempo, mediante la reducción de la disponibilidad de narcóticos. En resumen, como sociedad y gobierno, comenzamos a lidiar con nuestra propia negación al admitir nuestra responsabilidad y declarar una guerra total contra las drogas. Son casi dos décadas que venimos librando esta guerra en todo frente –federal, estatal y municipal– y por medio de cada sector e institución concebible –la industria de la publicidad, las iglesias, los colegios, los precintos policiales, etc.

Los resultados de haber enfrentado nuestra negación de frente han sido significativos. Créanlo o no, en áreas como la cocaína, los datos nacionales muestran una tendencia considerable a bajar, información que fue reportada fehacientemente por presencia en su edición del 5 de enero. A modo de ejemplo, veinte años atrás, las encuestas revelaban que alrededor de un 3 por ciento de todos los adultos en los Estados Unidos consumían cocaína mensualmente; el año pasado, tan sólo el 0,7 por ciento de los adultos estadounidenses encuestados había consumido cocaína el mes anterior. Voy a explicar con mayor detalle cómo logramos ese considerable progreso confrontando algunos de los mitos más comunes y que aún hoy dominan erróneamente las opiniones expresadas en los medios de la región, incluyendo Bolivia.

Por ejemplo, mucha gente continúa creyendo que las drogas son un problema estrictamente norteamericano. ¡Falso! En el consumo de cocaína –principal tema de discusión en Bolivia– por ejemplo, hallamos que hoy los Estados Unidos representa un mercado de 276 toneladas métricas de cocaína pura, mientras que Sudamérica ya consume 100 toneladas métricas anuales, habiéndose convertido el Brasil en el segundo país consumidor de cocaína del mundo, después de los Estados Unidos, con un consumo anual actual de 40 toneladas métricas, a comparación de 10 toneladas métricas en 1990. Por otro lado, el mercado europeo actualmente consume cerca de 200 toneladas métricas de cocaína pura cada año, la mayor parte de la cuál ingresa a través de España y los países bajos.

Pero lo más significativo sobre lo que acabo de mencionar es que el mercado de cocaína y otras drogas en los Estados Unidos viene reduciéndose firmemente de manera general. Del 14 por ciento de nuestra población de consumidores habituales de drogas hace veinte años, hoy sólo el 6 por ciento de nuestra población lo es. Sin embargo, para ser completamente franco, actualmente estamos comenzando a tener un serio problema con las drogas denominadas de “boutique” o drogas sintéticas, como el “éxtasis”, cuyo consumo entre nuestros jóvenes está incrementándose dramáticamente. No obstante esto último, tal como le dimos un fuerte golpe a la industria del tabaco, estamos en vías de hacer algo similar con las drogas. Como nación, tenemos la voluntad de enfrentar lo que amenace nuestra fibra nacional. Nos hemos impuesto la meta de reducir de un 6 por ciento de consumidores de drogas a un 3 por ciento más tolerable en los siguientes cinco años. En otras palabras, para el año 2006, queremos reducir el consumo de drogas ilegales en otro 50 por ciento. Basándonos en nuestros logros de la década anterior, estimamos que esta meta es realista y alcanzable. No es ese el caso para Europa y Sudamérica.

En 1990, el consumo europeo de cocaína era de alrededor de 40 toneladas métricas. Hoy se acerca a las 200 toneladas métricas y sigue aumentando. La debacle de la Unión Soviética y el Bloque Socialista ha contribuido al creciente apetito europeo por la cocaína y otras drogas. Hace algo más de una década, el embajador de los Estados Unidos era el único interlocutor extranjero en los países productores de la región que intentaba lograr cooperación local para enfrentar este problema. Hoy, nos acompañan nuestros colegas europeos y la comunidad internacional. Esto explica el por qué no existen diferencias reales entre el mensaje fundamental de Pino Arlacchi, de la oficina de las Naciones Unidas para el control de drogas y la prevención del crimen y mis palabras hoy. Es por eso que juntos cooperamos de cerca con el gobierno de Bolivia en su Plan Dignidad. Con un incremento anual del 10 por ciento en el consumo de cocaína en Europa, nuestros aliados del Atlántico ahora comparten las mismas preocupaciones que los Estados Unidos. En suma, lo que deseo enfatizar en esta parte de mi discurso es que el consumo combinado de cocaína en Sudamérica y Europa es hoy en día prácticamente equivalente al consumo de cocaína en los Estados Unidos y pronto lo sobrepasará.

Hace más de veinte años, los miembros del gabinete colombiano les planteaban a los funcionarios estadounidenses que el problema de las drogas era de los países consumidores, no de los países productores, que era un problema de los Estados Unidos y no de Colombia. Puedo asegurarles que los líderes actuales de Colombia no dicen lo mismo. El consumo habitual de drogas en Colombia ha sobrepasado el 6 por ciento y sigue en crecimiento. Se puede afirmar lo propio de los demás países de Sudamérica. De acuerdo a un estudio realizado por el Centro Latinoamericano de Investigación Científica (CELIN), aquí, en la paz, el consumo habitual de drogas subió del 1,7 por ciento en 1992 al 3,4 por ciento actual. En Argentina, donde estuve mis últimos tres años, cuando el presidente Menem se posesionó en la presidencia hace más de una década, menos del uno por ciento de la población consumía drogas de modo habitual. Diez años más tarde, ese porcentaje excede el 3 por ciento, y continúa en aumento.

En resumen, el hecho innegable es que hoy en día los países productores también se han convertido en países consumidores y esto incluye a Bolivia. Admití ante ustedes que nuestro problema fundamental fue el de negar que tuviéramos un problema. Les pido el favor de aprender de nuestra experiencia y coadyuvar a destruir la negación que continúa prevaleciendo en la mayor parte de la región. La mayoría de los países de Sudamérica tienen un problema de consumo de drogas y se torna peor en casi todas partes. Les pido comprendan que aparentemente hoy en día América Latina es el mercado de cocaína más dinámico del mundo. El crecimiento del consumo de cocaína se viene concentrando en los países productores y “países tránsito” de cocaína. Los “países tránsito” son especialmente vulnerables porque comúnmente se paga a los traficantes locales en especie. El problema latinoamericano con la cocaína es especialmente grave debido en parte a que un gran porcentaje de la cocaína que se consume es la pasta base o crack, que es mucho más adictiva y peligrosa para sus consumidores que el clorhidrato de cocaína normalmente consumido en los Estados Unidos y Europa. Afortunadamente, el consumo en la mayoría de los países de la región no ha llegado a los niveles epidémicos a los que llegó anteriormente en Estados Unidos. Mantenerlo así dependerá del liderazgo actual en América Latina. Y, en el caso de Bolivia, dependerá del liderazgo de muchos de los aquí presentes.

Para aquellos que les cueste aceptar la veracidad de mis palabras, recuerden la ciudad de Nueva York de hace veinte años y compárenla a la de hoy. Nadie puede negar que Nueva York, como el resto de las ciudades de la nación, hoy es más amistosa, más aceptable para vivir y con un ambiente menos dominado por las drogas.

Permítanme tocar otro concepto errado. Mucha gente en la región todavía cree que la mayoría de nuestras políticas antinarcoóticos continúa orientada hacia la oferta y que no hacemos lo suficiente para enfrentar el problema internamente. Como lo demuestran mis anteriores comentarios, ese no es el caso. Por casi dos décadas, hemos abocado nuestros mayores esfuerzos al problema interno y a su vez hemos tratado simultáneamente de enfrentar la importante dimensión externa del problema.

Para demostrar esto, voy a hacer un análisis detallado para ustedes de nuestro último presupuesto de 20 mil millones de dólares destinado al rubro de las drogas:

- 1) El 12 por ciento está destinado a reducir el consumo de drogas;
- 2) El 43 por ciento va a la reducción del crimen y la violencia relacionados con las drogas;
- 3) El 19 por ciento se destina a la reducción de las consecuencias del consumo de drogas;
- 4) El 13 por ciento está destinado a proteger nuestras fronteras; y finalmente
- 5) Sólo un 13 por ciento se destina a la eliminación de las fuentes de provisión.

En otras palabras, el 87 por ciento de nuestro gigantesco presupuesto antidrogas de 20 mil millones de dólares está dirigido a enfrentar nuestro problema interno. Gastamos más en la prevención del consumo de drogas y su tratamiento que en los mecanismos policiales antidrogas. Estos hechos claramente refutan a aquellos que continúan arguyendo erradamente que no hacemos lo suficiente como nación y que nuestra concentración principalmente se halla en las fuentes externas de provisión. Eso simplemente no es cierto.

Ahora voy a desviarme un poco para tocar el tema que de vez en cuando vuelve a surgir en los medios –el tema de la legalización. Algunos citan las opiniones de ciudadanos prominentes como Milton Friedman y George Schultz en su favor. Puedo asegurarles que ambos notables representan sólo una parte minúscula de la opinión pública en los Estados Unidos. La mayoría de los norteamericanos apoya plenamente nuestra decisión como nación de combatir una guerra total contra las drogas. El hecho es que las drogas destruyen vidas. Es un crimen que más dinero se gaste en el consumo de drogas que en la educación superior, es criminal que los bebés del crack nazcan adictos y sumidos en el dolor, y es un crimen que miles de adolescentes pierdan su salud y su futuro por las drogas. Las drogas adictivas se hicieron ilegales porque son dañinas; no son dañinas porque se las hizo ilegales. Cuanto más se legaliza un producto y más disponible se encuentra, mayor es su uso o consumo. Si las drogas fueran legalizadas en los Estados Unidos, el costo individual

y social crecería astronómicamente. En los países bajos, cuando los cafés comenzaron la venta legal de Marihuana en pequeñas cantidades, el uso de esta droga se duplicó entre 1984 y 1992.

Muchos defensores de la legalización consideran que el consumo de drogas es parte de la condición humana y que siempre será parte de nuestra realidad y, por lo tanto, la debemos aceptar. Lo mismo se podría decir del homicidio, la pedofilia y la prostitución infantil. Como seres humanos civilizados simplemente no podemos legitimizar ninguna de estas actividades tan dañinas a nuestras sociedades. Lo único que nos queda es combatirlas. Algo que he notado a lo largo de mi vida es que ningún defensor de la legalización ha tenido un pariente o amigo cercano adicto a las drogas. Si lo hubiese tenido, estaría en la primera línea de batalla en la guerra contra las drogas. Yo crecí en Harlem, en la ciudad de Nueva York, y experimenté de cerca lo que las drogas pueden hacerle a la gente al ver que muchos de mis mejores amigos engrosaban las filas de adictos y/o ellos mismos se convertían en traficantes. La legalización sólo incrementaría el consumo de drogas, el sufrimiento humano y los costos para la sociedad. La legalización no puede considerarse un debate abstracto y puramente intelectual. El consumo y abuso de drogas mata seres humanos reales. No podemos permitirlo.

El tema de las drogas es una cuestión de elección para cada nación y sociedad. La pregunta es muy simple - ¿van a dejar que las drogas impregnen su sociedad y la destruyan o van a hacer lo que esté en su poder para controlar y limitar al máximo posible el problema de las drogas? Como ciudadano de los Estados Unidos puedo afirmarles que cuando el consumo de drogas llegó a su tope máximo en 1979 y alcanzó proporciones epidémicas, como país nos íbamos cuesta abajo. Sin embargo, el admitir que teníamos un problema fue la clave para cambiar el rumbo de nuestro destino nacional. Con orgullo por el país que represento puedo decirles que venimos enfrentando el problema del consumo de drogas y sus consecuencias exitosamente. Citando a Barry McCaffrey, “en los últimos veinte años, el consumo de drogas en los Estados Unidos se redujo en la mitad y el consumo casual de cocaína en un 70 por ciento. Los homicidios relacionados con las drogas y el gasto en drogas se redujeron en más del 30 por ciento, a tiempo que el mercado ilícito se achicó”. Damas y caballeros, el punto que deseo destacar es que si bien es cierto que nosotros en los Estados Unidos todavía tenemos un problema, lo estamos enfrentando y el progreso alcanzado es significativo.

Los Estados Unidos hace mucho para combatir el narcotráfico internacional. Lo hacemos no sólo porque es de nuestro interés nacional, sino porque es de interés internacional. Aquí veamos el Plan Colombia y el respaldo que le damos. El gobierno de los Estados Unidos está proveyendo a ese país mil trescientos millones de dólares en asistencia para que combata la industria de narcóticos, reviva la economía Colombiana legal y contribuya al proceso de paz en esta nación destrozada por la guerra. La ayuda americana a Colombia, en combinación con las contribuciones de la misma Colombia y de varios países europeos, intenta salvar a ese país y disminuir el tráfico de drogas y, consecuentemente, llevar estabilidad a la región andina en general.

La asistencia americana a Colombia es multifacética. Apoyamos el respeto a los derechos humanos y a la reforma judicial. Estamos capacitando jueces y fiscales, fortaleciendo a la

policía, y promovemos medidas contra la corrupción, contra el lavado de dinero y contra los secuestros. Estamos cooperando para que el gobierno retome el control de las regiones productoras de droga del sur de ese país. Brindamos fondos para programas de desarrollo alternativo y enfocado a los pequeños agricultores, que hoy cultivan coca y amapola, en su transición a actividades económicas lícitas. Estamos mejorando los esfuerzos Colombianos de interdicción de narcóticos y apoyamos a la policía nacional.

Existe esperanza para Colombia y, por extensión, para la región andina si el Plan Colombia tiene éxito. Tanto los Estados Unidos como Bolivia tienen intereses bien definidos para ganar esta guerra contra las drogas. El éxito del Plan Colombia reducirá la oferta de drogas y fortalecerá la estabilidad social y política a lo ancho y largo de esta parte del mundo. Si el Plan Colombia fracasase o si el apoyo político a este se debilitase, Colombia se convertiría en un narco-estado, con desastrosas consecuencias para sus ciudadanos y la región. No podemos y no dejaremos que esto ocurra. El Plan Colombia es la solución, no el problema.

Países productores como Bolivia y Colombia tienen una opción. Pueden convertirse en estados consolidados y dominados por el narcotráfico o pueden hacer todo lo que se halle en su poder para deshacerse de la influencia criminal y destructiva de esta industria criminal. Creemos que desde el fin del gobierno de García Meza de 1980-1981, influenciado por el narcotráfico, Bolivia ha venido librando una valerosa guerra contra el narcotráfico. El Plan Dignidad del gobierno del presidente Bánzer es la más impresionante expresión de la determinación de Bolivia de librar esta guerra por su propio bien y salvación como nación y como sociedad. Afortunadamente, goza del apoyo de la mayoría de los bolivianos quienes ahora ven los peligros que el país habría enfrentado si no hubiese emprendido el camino para salir del circuito coca-cocaína.

El Plan Colombia del presidente Pastrana es asimismo una elocuente réplica nacional a la amenaza que representa la droga en ese país. Si Bolivia continúa logrando los notables objetivos de su Plan Dignidad exitosamente será un ejemplo para que Colombia lo imite y persevere en su deseo de desnarcotizar su trágica existencia actual y luchar por su salvación como nación y como sociedad. El compromiso y logros bolivianos son la luz al final del túnel en una región plagada por más de dos décadas por la maldad destructiva del flagelo del narcotráfico. Dada nuestra propia experiencia en los Estados Unidos, hemos decidido apoyar al Plan Dignidad y al Plan Colombia. Puedo asegurarles que mientras Bolivia siga en su noble camino, los Estados Unidos continuará apoyando al gobierno y al pueblo de Bolivia del modo y en los niveles en los que lo hemos venido haciendo en los últimos años. Nuestro compromiso con Bolivia y Colombia en esta lucha es total y a largo alcance.

En conclusión, permítanme reiterarles que los Estados Unidos tiene una responsabilidad consigo mismo y con el mundo de reducir la demanda. Lo estamos haciendo. Los países productores como Bolivia tienen la responsabilidad consigo mismos y con la comunidad internacional de reducir la oferta. Bolivia lo está haciendo. Esa es la base de nuestra cooperación. Espero que mis comentarios ayuden a aclarar a establecer la verdad, despejar los mitos y contribuyan a nuestro entendimiento colectivo del por qué debemos continuar esta lucha de modo independiente y en conjunto. Gracias por su atención.